

se ha dicho, de una fuente abundante de agua. Eso fué un error admitido sólo por la ignorancia, que adornaba el hecho con circunstancias maravillosas, como la del hecho de que las aguas arrastraban en su curso grandes pescados de tierra caliente. El ojo de *Acuecuescatl*, si se tapó, no tardó en ser destapado despues, pues existe hasta el día, y forma una alberca muy hermosa de 20 metros de diámetro, cuyas aguas despues de la conquista se aprovecharon en la huerta del convento de Churubusco y en el pueblo del mismo nombre. Hoy se extienden hasta la hacienda de Nativitas, y es probable sirvieron para los barrios del Sur de México. La construcción del dique de Xochimilco de que se habla, nos hace comprender que las aguas del ojo y demas manantiales que nacen á orillas del pedregal, por Coyoacán, se encerraron por ese dique ó bordo en el lago de Xochimilco, haciéndolas entrar por el punto de la Tasqueña, arriba de Culhuacán, cosa que no ofrecía ninguna dificultad.»

«Esto por lo que se relaciona al ojo indicado; pero ya hemos dicho que no es admisible que él fuera la causa de la inundación, pues para ello el volúmen de sus aguas no era suficiente, ni podía satisfacer el objeto que se proponía el rey Ahuizotl de regar sus jardines.»

«Represadas desde tiempos de la construcción del gran dique de Netzahualcoyotl las aguas de los lagos del Sur, por el dique y compuerta de Mexicalcingo, segun hemos indicado, el nivel del agua comenzó á subir, y aumentó considerablemente el depósito del líquido en los vasos de Chalco y Xochimilco. *Es de creer que fué ese caudal de agua*, el que Ahuizotl quiso aprovechar para sus canales y plantíos. *Indudablemente mandó practicar una abundante sangría en el borde de Xochimilco*, y las aguas del lago fueron *las que, unidas á las de Acuecuescatl*, bajaron como un torrente sobre la capital y la inundaron. Esto explica tambien como habiéndose mandado represar las aguas, la inundación desapareció rápidamente.» (1)

Muy respetables nos parecen las razones expuestas por el Sr. Ingeniero Garay; pero hay que tener en cuenta que no fué *un solo* manantial, sino *cinco*, como dice el P. Sahagún, los que proporcionaron

(1) *El Valle de México*, págs. 15 y 16.

el volumen de agua que inundó á la ciudad. Hay que tener en cuenta también que el caudal de aguas de *Acuecuescatl* en 1499 pudo ser mayor que el que tenía en 1888 en que escribía el Sr. de Garay, (1) y hay que tener en cuenta que él mismo confiesa que *las aguas del lago unidas á las de Acuecuescatl* fueron las que bajaron como un torrente á la capital.

Que los antiguos mexicanos atribuyeron á hechos milagrosos el fin de la inundación, es cierto; pero también es cierto que dieron una causa natural para que hubiese cesado: haber tapado los manantiales y quitado las presas.

Una última reflexión: los cronistas son tan prolijos en los detalles que dan acerca de que los citados manantiales fueron la principal causa de la mencionada inundación, que hay que darles entera fe en lo que narran, pues no atinamos qué móvil pudiera haberlos hecho faltar á la verdad; ellos fundaron su relato en hechos transmitidos ó por tradición ó en pinturas jeroglíficas, mientras que el señor Garay, aunque muy juicioso, funda su relato en conjeturas, como podrá verse por las palabras que hemos subrayado en los párrafos copiados.

De todos modos Ahuizotl pagó, á costa de su vida, el capricho de haber introducido el agua de los manantiales situados entre Churubusco y Coyoacán. Estaba un día, durante la inundación, recogido en un aposento bajo de lo más secreto de su casa, cuando entró dentro una avenida de agua, y pensando que lo anegaría quiso salir con prisa; pero como la puerta era baja, se dió un golpe en el cerebro, de cuyo golpe le provino la enfermedad que le llevó al sepulcro en 1502.

Mas antes de esto, tocóle en suerte reedificar á Tenochtitlán. México, después de aquella inundación, quedó casi destruído. Muchos de sus habitantes habían huído á los pueblos cercanos; pero la mayoría vivían en canoas, que en número de treinta y dos mil mandó construir el rey á los pueblos tributarios para que las habitaran los *mexica*, quienes prefirieron estar en ellas á abandonar el sitio. Las casas en su mayor parte habían venido al suelo, y casi en ruínas estaban los palacios, tanto que la familia real moraba en el teocalli mayor.

(1) Como en efecto lo fué, pues muchas personas que conocieron el manantial hace años, refieren que ha disminuído notablemente.



Sin embargo, terminada la inundación los *mexica* se resistieron á reconstruir los edificios, alegando que ellos estaban obligados á labrar pedernales, construir armas, hacer conquistas, pero no á levantar casas. (1)

Ahuitzotl tuvo, pues, que acudir á las ciudades y provincias sometidas á su imperio, las que enviaron un enjambre de trabajadores, con gran cantidad de estacas, céspedes, tierra, cal y piedra de tezontle que entonces se descubrió.

México renació por completo. El suelo de la ciudad se elevó tanto, que quedaron «debajo del agua muchos de los edificios antiguos,» de manera que el piso primitivo formado por la isla en que se fundó, y las chinampas que poco á poco se construyeron alrededor y se unieron entre sí, quedaron sepultados bajo la tierra que entonces se echó para levantar á Tenochtitlán.

El pavimento del *teocalli* principal se hizo de nuevo, lo mismo que los palacios reales y las casas de los nobles. Se derrumbaron los viejos edificios que eran ya «muy antiguos y edificados por los mismos mexicanos, en tiempo de su pobreza y poco valor, y así había cosas muy viles y sueces, que fueron sustituidas por casas de tetzontle.»

Y así quedó desde entonces México, dice el P. Durán, «muy ilustrado y muy curioso y muy vistoso, con casas grandes y curiosas, llenas de grandes recreaciones de jardines y patios muy galanos, las acequias muy estacadas y cercadas de arboledas de sauzes y álamos blancos y negros, con muchos reparos y defensas para el agua, que aunque fuesen muy llenas no hiciesen nengun perjuicio; todo lo qual el rey *Ahuitzotl* lo mando pagar y satisfacer á todos los oficiales y comunidades, dándoles mantas, ceñidores, cacao, chile, frijol, esclavos, todo sacado de sus tesoros, con lo qual todos quedaron muy satisfechos y la Ciudad de México muy ilustrada.» (2)

Esta ciudad nueva y reconstruída, cuyas obras duraron casi dos años, quedó más grandiosa que la primitiva. Fué la que sirvió de capital de sus conquistas á Motecuhzoma II, la que contemplaron

(1) OROZCO Y BERRA, *Historia Antigua y de la Conquista*, tomo III, pág. 418.

(2) DURÁN, *Historia de las Indias*, cap. XLIX.

en pie los conquistadores, y la que nos describió Cortés en sus cartas á Carlos V.

Posteriormente á la inundación de 1499, los autores mencionan otra en tiempo del citado monarca Motecuhzoma II, ó Xocoyotzin, y alguno fija hasta la fecha en que acaeció, el año de 1517. Tal vez á esta inundación alude el P. Sahagún, cuando enumerando las señales y pronósticos que precedieron á la venida de los españoles, dice: «El quinto pronóstico fué, que este lago que está entre México y Texcuco (sin haber aire ni otra ocasion), comenzó á hervir como una agua que se cuece á borbollones: creció el lago mucho en alto y ancho, y las casas que estaban fundadas en él, ó cerca del, fueron muy golpeadas de las olas los cimientos, y algunas de ellas cayeron en todo, y otras en parte se arruinaron. Este movimiento del agua causó gran espanto en toda esta tierra.» (1)

Empero esta última inundación antes de la Conquista, no debe haber tenido importancia, pues ni los anales jeroglíficos ni las crónicas antiguas la mencionan, como tampoco los medios de defensa á que entonces se acudió.

Resumiendo: las tres principales inundaciones en tiempo de los aztecas, obligaron á éstos á tomar medios de defensa. El gran dique ó albarradón construído por Netzahualcoyotl, las muchas calzadas y diques en los diversos rumbos de la ciudad, el sistema de canales ó acequias para gobernar las aguas que penetraban en ésta, dieron buenos resultados para evitar mayores peligros. Pero todos estos medios empleados no constituyeron una solución completa al problema del desagüe; las aguas no se expulsaron fuera del Valle, quedaron represadas en depósitos más ó menos capaces para contenerlas, dejando á las infiltraciones en el suelo, y á las evaporaciones atmosféricas que disminuyeran su volumen.

A pesar de esto, dignos de elogio son los aztecas por las obras que ejecutaron, obras que fueron imitadas por los españoles durante la primera centuria de su dominación en México, como veremos en el capítulo siguiente.

(1) SAHAGÚN, lib. XII, cap. 1º



Valle de Mexico á mediados del Siglo XVI.



Plano formado por Don Antonio Garcia Cubas.